

ABRIR LA VENTANA

Todo empezó el día en que a Belén se le quemó el arroz, aunque en aquel momento no fue consciente de ello.

El olor se quedó flotando en la cocina como si algo invisible se hubiera estropeado para siempre. Pero en ese momento solo pensó que tenía que abrir la ventana antes de que él llegara.

Siempre había algo que hacer antes de que él llegara.

Se quedó quieta frente a la paella, con la cuchara de madera en la mano, mirando el fondo negro, y sintió que una idea limpia y breve le cruzaba por la cabeza: podría irme de casa. Luego oyó las llaves en la puerta.

Y la idea se escondió en el mismo lugar en el que guardaba sus secretos y frustraciones.

Al principio de su matrimonio, la casa había sido luminosa.

La ventana grande del salón daba a la calle y por la tarde entraba un sol tibio que hacía que las motas de polvo conformaran haces dorados. Belén se sentaba en el suelo a leer, con la espalda apoyada en el sofá. Él la miraba desde la puerta y decía:

—Pareces un gato al sol.

Ella se reía.

En ese tiempo, todavía hablaba sin pensar si molestaba.

No podría decir cuándo empezaron a cambiar las cosas. Si alguien se lo hubiera preguntado, habría dicho que fue de forma inesperada, como cuando una prenda encoge en la lavadora y un día ya no te cabe.

Primero fueron comentarios sueltos:

—Hablas muy alto.

—Esa falda no te favorece.

—Tus amigas son un poco... raras, ¿no?

Acompañados de una sonrisa condescendiente. Como si la estuviera cuidando de un mundo que ella no sabía manejar.

Años después, Belén se preguntaba por qué no le parecieron señales claras. Pero en aquel momento solo eran gestos cotidianos dentro de una vida normal. Y la normalidad es un disfraz excelente.

Su madre lo notó antes.

—Pareces distinta —le dijo una tarde por teléfono—. Como si midieras las palabras.

Belén estaba en la cocina, mirando de reojo la puerta del salón, aunque él no estaba en casa.

—Estoy bien, mamá.

Lo dijo con una convicción suave, como si parapetarse tras esa versión de la realidad fuera una forma de protegerse.

Las mujeres de su familia no hablaban de ciertas cosas. Las asumían.

Pero Belén había creído que su vida sería otra historia.

La violencia no empezó con golpes. Empezó con una duda.

Una tarde, tomando café con amigos, Belén contó algo de la universidad. Se equivocó en una fecha. Él rió.

—Si es que tú... —dijo, moviendo la cabeza—. Siempre tan despistada.

Los demás rieron también. Ella se rió.

Pero, al volver a casa, mientras se desmaquillaba, sintió una incomodidad difícil de nombrar.

Después vinieron frases pequeñas que se quedaban pegadas:

—Eso no fue así.

—Exageras mucho.

—Te montas películas.

Belén empezó a desconfiar de su memoria. A veces se detenía en mitad de un pensamiento y se preguntaba si lo que sentía era real o solo otra de sus “exageraciones”.

La primera vez que él la empujó fue por un vaso.

Un vaso fino que se le resbaló de las manos y se rompió en el suelo. El ruido fue breve. Ella se agachó enseguida.

—Déjalo —dijo él.

Ella siguió recogiendo.

—Que lo dejes.

La agarró del brazo para levantarla. No fue un gesto descontrolado. Fue preciso, firme, como si corrigiera la posición de un objeto.

La soltó con un empujón que la hizo sentarse en el suelo, entre los cristales.

Se miraron.

Esa noche, en el baño, se miró el brazo bajo la luz blanca. No tenía moratón todavía, pero la piel le dolía al tocarla.

Pensó en la chica que leía al sol en el salón.

Le pareció alguien lejano, como un personaje de un libro que había dejado a medias.

Más tarde, al recordar la escena, Belén entendió que lo que más le dolió no fue el brazo.

Fue la certeza, rápida y helada, de que habían cruzado una línea invisible.

Durante los días siguientes, Belén empezó a moverse por la casa con precaución. No era miedo todavía, o no quería llamarlo así. Era más bien una vigilancia callada, como si estudiara un lugar en el que había vivido siempre pero cuyas reglas acabara de descubrir.

Escuchaba la forma en que él dejaba las llaves sobre la mesa. El volumen de la televisión. La respiración desde el otro lado de la cama. Pequeños indicadores de un clima que ahora sentía que debía prever.

También cambió la manera en que ocupaba el espacio. Si él estaba en la cocina, ella buscaba algo que hacer en otra habitación. Si coincidían en el pasillo, se pegaba a la pared, cediendo paso incluso cuando no hacía falta. No era sumisión consciente; era una coreografía aprendida sin ensayo.

A veces se sorprendía a sí misma ensayando frases en silencio, como si preparara respuestas para conversaciones que aún no habían ocurrido. Las probaba mentalmente, midiendo su tamaño, limándoles cualquier borde que pudiera sonar a desafío.

Una tarde abrió el armario del baño y vio el frasco de colonia que usaba desde hacía años. Se echó un poco en la muñeca y el olor le resultó extraño, como si perteneciera a otra persona. Se preguntó en qué momento había dejado de reconocerse en cosas tan pequeñas.

No pensaba en irse. Pensaba, más bien, en no empeorar nada. En mantener la superficie lisa, sin ondas. Como cuando de niña llevaba un vaso lleno hasta el borde y caminaba despacio para que el agua no se derramara.

Le sorprendía que la vida siguiera teniendo gestos normales. El pan tostándose por la mañana. La vecina sacudiendo una alfombra por la ventana. Un mensaje publicitario en el móvil. Esa continuidad le daba una sensación confusa de irrealidad, como si lo ocurrido perteneciera a otra casa, a otra pareja, a una historia mal recordada.

Aun así, cada vez que oía un objeto caer —una cuchara, un libro, cualquier cosa— el cuerpo se le tensaba antes de que pudiera decidir no hacerlo.

A pesar de todo, disfrutaron de tiempo de tranquilidad. Flores. Café hecho. Una broma en la cocina.

La ternura después del miedo tiene una cualidad casi doméstica. Se instala como si siempre hubiera vivido allí.

Belén quiso creer que aquello había sido un accidente, una grieta pequeña en una vida que todavía podía arreglarse.

Porque aceptar otra cosa implicaba desarmar todo lo que con tanto esfuerzo había construido: un amor que creía consolidado y una vida cómoda.

La segunda vez, ya no hubo sorpresa.

Discutieron por algo nimio: el cumpleaños de su sobrina.

—Siempre tu familia —dijo él—. ¿Y yo?

Cuando pasó a su lado, el golpe con el hombro fue rápido, “sin querer”. Pero ella chocó contra la pared.

Más tarde, frente al espejo, vio la marca en la cara.

En la reunión familiar nadie preguntó.

Belén tampoco dijo nada.

A partir de ese momento, utilizó el silencio no como negación, sino como estrategia de supervivencia.

La decisión de irse no llegó como una escena dramática. Llegó una tarde cualquiera. Estaba sentada en el suelo del salón doblando ropa. La ventana abierta dejaba entrar olores de la calle: pan, gasolina, cebolla frita. Vida de otros.

En la televisión hablaban de otra mujer asesinada por su pareja. Belén no miraba, pero escuchaba palabras sueltas.

Denuncias previas.

Nadie lo imaginaba.

Sintió algo acomodarse dentro de ella, como una pieza que por fin encaja.

Podría ser yo la muerta, pensó.

La idea la paralizó.

No se marchó ese día.

Pero la posibilidad de hacerlo empezó a rondarle la cabeza.

Una copia de las llaves en el bolso. Documentos en una carpeta. Algo de dinero escondido en un abrigo que no usaba.

No se sentía valiente. Tenía la sensación de estar organizando una mudanza que aún no tenía fecha.

Se lo contó por teléfono a Marta, su amiga de la infancia.

—Creo que no estoy bien —dijo.

Marta no pidió explicaciones.

—Ven a mi casa cuando quieras —se limitó a contestar.

Esa respuesta fue algo que Belén no sabía que necesitaba.

Lloró después de colgar, con un llanto bajo, contenido, como si temiera hacer ruido.

La noche que se fue, él estaba en la ducha.

El agua caía con ese sonido continuo que vuelve borrosas las cosas.

Belén cogió la mochila que llevaba días escondiendo. Miró el salón: la mesa, la ventana, la planta que siempre olvidaba regar.

No sintió una fuerza repentina. Sintió algo más sobrio: el palpito de que, si no se iba esa noche, quizá no se iría nunca.

Cerró la puerta con cuidado.

Bajó las escaleras despacio, con las manos temblándole tanto que tuvo que apoyarse en la pared.

Años después, al recordar ese momento, no pensaba en el miedo, sino en la sensación de que su vida, por primera vez en mucho tiempo, volvía a pertenecerle.

Sintió algo acomodarse dentro de ella, como una pieza que por fin encaja.

Podría ser yo la muerta, pensó.

La idea la paralizó.

No se marchó ese día.

Pero la posibilidad de hacerlo empezó a rondarle la cabeza.

Una copia de las llaves en el bolso. Documentos en una carpeta. Algo de dinero escondido en un abrigo que no usaba.

No se sentía valiente. Tenía la sensación de estar organizando una mudanza que aún no tenía fecha.

Se lo contó por teléfono a Marta, su amiga de la infancia.

—Creo que no estoy bien —dijo.

Marta no pidió explicaciones.

—Ven a mi casa cuando quieras —se limitó a contestar.

Esa respuesta fue algo que Belén no sabía que necesitaba tanto.

Lloró después de colgar, con un llanto bajo, contenido, como si temiera hacer ruido.

La noche que se fue, él estaba en la ducha.

El agua caía con ese sonido continuo que vuelve borrosas las cosas.

Belén cogió la mochila que llevaba días escondiendo. Miró el salón: la mesa, la ventana, la planta que siempre olvidaba regar.

No sintió una fuerza repentina. Sintió algo más sobrio: el palpito de que, si no se iba esa noche, quizá no se iría nunca.

Cerró la puerta con cuidado.

Bajó las escaleras despacio, con las manos temblándole tanto que tuvo que apoyarse en la pared.

Años después, al recordar ese momento, no pensaba en el miedo, sino en la sensación de que su vida, por primera vez en mucho tiempo, volvía a pertenecerle.